

CUANDO LA DEMOCRACIA NO ES ENTRE IGUALES

Alexis Cortés¹

Reseña:

Bartels, Larry M. *Unequal Democracy: The Political Economy of the New Gilded Age*. Princeton, Russell Sage Foundation/Princeton University Press, 2008, 344 pp.

En *Unequal Democracy*, Larry Bartels, partiendo del reconocimiento de que EEUU se tornó, durante el siglo pasado, más rico y desigual, se aboca a desarrollar un amplio examen de las causas y consecuencias políticas de la desigualdad económica en la democracia americana contemporánea. Para ello, utilizando una serie de investigaciones y datos secundarios, realiza un análisis multivariado donde moviliza sofisticadas herramientas estadísticas sin caer en un lenguaje tecnicista, entregando un sólido respaldo empírico a sus premisas teóricas. Es así como el autor presenta variada evidencia para mostrar cómo la desigualdad económica vulnera fuertemente los procesos políticos, y frustra los ideales igualitarios de la democracia, indica, al mismo tiempo, cómo el impacto contrario de los ideales igualitarios en el proceso de contención de las desigualdades, es mucho más débil.

Un presupuesto del autor es que la desigualdad económica tiene profundas ramificaciones en las políticas democráticas, así como que la economía está profundamente determinada por la política. Según la evidencia empírica mostrada por el autor, tanto la política partidaria como las convicciones ideológicas de las élites políticas tienen un fuerte impacto en la economía estadounidense.

La desigualdad económica es, en parte substancial, un fenómeno político. Es precisamente a partir de esta idea y de la lectura de los datos movilizados, que Bartels extrae una serie de conclusiones desmitificadoras y polémicas: la intensificación de la desigualdad no es una tendencia económica inevitable, sino una consecuencia atribuible a las políticas de los gobiernos (en particular de los republicanos); las victorias republicanas no se pueden atribuir simplemente a las preferencias culturales conservadoras de la clase trabajadora; las élites políticas tienen un amplio margen para seguir sus propios intereses, por causa de la ignorancia e inconsistencia entre valores, creencias y preferencias políticas de los ciudadanos; y la opinión de los ciudadanos ordinarios parece tener muy poco impacto en las políticas públicas.

Comparada históricamente, la nueva edad dorada de la economía norteamericana puede ser considerada un retroceso. La emergencia de *hyper-richs* como los grandes ganadores de las últimas tres décadas es una de las

¹ Sociólogo formado en la Pontificia Universidad Católica Chile, Mestre en Sociología por el Instituto Universitario de Pesquisa do Rio de Janeiro (IUPERJ), doctorando en la misma disciplina por el Instituto de Estudos Sociais e Políticos de la UERJ (IESP-UERJ) y becario CNPq. Es autor de "Nada por Caridad, Toma de Terrenos y Dictadura: La Identidad Territorial de la Población La Victoria" (2009), dissertação de Mestrado em sociologia defendida no IUPERJ, Rio de Janeiro.

principales transformaciones de la economía considerada por muchos como “la tierra de las oportunidades”. A pesar de que la renta de las familias pobres aumentó, aunque sea modestamente (0,4% por año para las familias del percentil 20), este crecimiento puede ser atribuido al incremento de las horas de trabajo y a la participación femenina. Aunque más lento que en décadas anteriores, el crecimiento económico americano existió, pero se concentró en la parte alta de la escala socioeconómica. Este nivel de enriquecimiento de la élite es solo comparable con otro momento de gran desequilibrio económico, los años 20.

En este marco, la desigualdad económica recibió una serie de justificaciones tendientes a mostrarla como un fenómeno natural e inevitable. Que la existencia de *hyper rich* produce *trickle down* (chorreo) para las otras clases, que las diferencias son necesarias para la prosperidad del país, que existe una relación positiva entre desigualdad y movilidad social, que el aumento de la desigualdad refleja las recompensas a los talentos individuales y al esfuerzo personal, son solo algunas de las ideas difundidas para reforzar esa creencia. No obstante, la evidencia empírica muestra que: nada indica una relación entre desigualdad y redistribución, que el nivel de ingreso de los pobres americanos es más bajo que el de los pobres de los países menos ricos (aunque menos desiguales), que la movilidad disminuyó en las últimas décadas y que, de hecho, esta es menor respecto de otros países como Canadá, Inglaterra o Noruega.

En el proceso de desmitificación de la democracia americana, Bartels problematiza la yuxtaposición hecha por Tocqueville entre igualdad social y desigualdad económica como trazo de la cultura americana, principalmente al cuestionar la impermeabilidad de los límites que separan la esfera económica y política en la vida estadounidense. Este dato es fundamental para entender el desarrollo de su argumento a lo largo del texto.

Es así como en el cuarto capítulo del libro el autor se pregunta: ¿por qué los republicanos tienen un mejor desempeño electoral si el electorado se ve perjudicado económicamente durante sus gobiernos? Bartels ensaya tres respuestas a partir de diversas fuentes empíricas.

Primero, los electores serían miopes, pues responderían favorablemente al crecimiento económico en los años de elección presidencial, pero se descuidarían en relación al desempeño económico durante el resto del tiempo. Así, las elecciones presidenciales serían una importante ocasión de *accountability* económico, mas este control ciudadano sería parcial por las limitaciones cognitivas de los electores, ya que estos se concentrarían apenas en las ventajas presentes. Esta miopía habría beneficiado sistemáticamente a los candidatos republicanos, por el éxito de los presidentes de ese partido a la hora de hacer coincidir el crecimiento económico con la elección presidencial, a pesar de que son los demócratas los que muestran una mayor capacidad de reducción de la desigualdad económica durante sus gobiernos. El horizonte de corto plazo de los electores deja como los grandes perdedores, en términos económicos, a la clase media y a las familias pobres, pues su voto alejaría la posibilidad de reducir la desigualdad. Si se compara el margen de voto popular republicano en cada una de las 14 elecciones presidenciales previas (anteriores a la publicación del libro) con un margen proyectado al que se le substrahe el efecto de miopía, se obtendría lo siguiente:

The economic myopia added 3.5 percentage points to the average Republican vote margin in these 14 elections –no small difference, given that the average Republican vote margin was only 3.3 percentage points. Myopia seems to have benefited Republican candidates in 12 of the 14 elections, and it was probably decisive in three of the nine Republican victories in the post-war era: Dwight Eisenhower in 1952, Richard Nixon in 1968, and George W. Bush in 2000 probably all owed their accessions to the White House to the fact that voters forgot (or simply ignored) strong periods of income growth early in the terms of their Democratic predecessors (110).

Segundo, los grandes beneficiarios del crecimiento económico en año electoral no serían las personas de menor renta, sino los más ricos. Lo que muestra que los votantes de menores ingresos parecen más sensibles al crecimiento que beneficia a las familias ricas que a su propio nivel económico. Esto sugeriría que el crecimiento económico de las familias de altos ingresos es mucho más poderoso que el crecimiento económico medio para determinar el apoyo electoral a un determinado partido.

Tercero, los electores serían influidos por las magnitudes de los gastos electorales, particularmente los electores de menores recursos. Los lucros del crecimiento de las familias de altos ingresos se transformarían en contribuciones de campaña más generosas, lo que produciría un efecto indirecto, mas no por ello menos poderoso en la conexión entre alta renta y comportamiento electoral presidencial. Tanto más cuando se considera el hecho de que son los republicanos los mayores receptores de colaboración para campaña. Así, al analizar el impacto electoral del gasto de campaña por nivel de renta, el autor concluye que:

The results for the entire electorate suggest that campaign spending did have a substantial effect on voter's choices. For a voter who was otherwise equally well-disposed toward both candidates, they imply that each additional dollar of campaign spending increased the probability of supporting the candidate who spent the money by almost four percentage points. The implied effect is smaller for voters who were predisposed on other grounds to favor one candidate or the other. Nevertheless, this effect is large enough (and sufficiently precisely estimated) to provide strong evidence that campaign spending has had a significant electoral impact in presidential elections over the past half-century (120).

Por otro lado, Bartels moviliza una buena cantidad de evidencia para mostrar la importancia de los valores igualitarios en la cultura política americana. No solo una gran cantidad de personas demuestra un apoyo a la igualdad, sino que incluso más, este se reflejaría en el apoyo a una serie de políticas de bienestar concretas: servicios gubernamentales, programas de empleo, seguro de salud y ayuda a la población negra. Resulta importante

considerar el dato de que en una investigación de sentimientos en relación a diferentes grupos sociales (ricos, empresarios, clase media, etc.) el mayor índice de simpatía fue para la clase trabajadora y para las “personas pobres” en contraste con las “personas ricas”. El dato no es menor si se considera que frecuentemente se caracteriza a los EEUU como una sociedad que exalta a la clase media.

En EEUU se reconoce que el crecimiento económico del país es desigual. Sin embargo, liberales y conservadores construyen imágenes muy diferentes de la realidad de la desigualdad. Los conservadores tienen la tendencia a ver más oportunidades de éxito en esa realidad social, por eso el conservadurismo puede proveer una justificación moral e intelectual a la mantención de la desigualdad. Hay una polarización ideológica en relación a la percepción de la desigualdad y ella muestra que las creencias sobre desigualdad en EEUU son fuertemente políticas en sus orígenes y en sus implicaciones. El mundo de la desigualdad también estaría sujeto a las disputas ideológicas.

Un supuesto democrático que Bartels también cuestiona es la idea de que los gobiernos y representantes muestran una equitativa receptividad a las demandas de los ciudadanos. En la política real no existiría igualdad política a la hora de considerarlos. Por ejemplo, en la relación entre decisiones políticas de los senadores y las preferencias de sus representados, el autor encontró una mayor receptividad a los votantes ricos que a los modestos, es más, los electores pobres localizados en la base de la pirámide económica no recibirían ninguna atención. Esto llevaría a Bartels a afirmar que el moderno senado americano está más próximo de ser una igualitaria forma de representación de riqueza que una igualitaria forma de representación de ciudadanos. De hecho, los votos de los senadores se mostrarían más orientados por las predilecciones ideológicas de sus representados de mayor ingreso que por sus propias inclinaciones partidarias. En este sentido, los más ricos estarían sobre-representados mientras que los más pobres prácticamente no representados. Esta sobre-influencia de los más ricos se podría explicar por la propensión desproporcional para contribuir económicamente en las campañas. Esto valdría tanto para republicanos como para demócratas, ambos serían igual de “responsivos” frente a sus votantes-financiadores.

Lo que se refuerza con este fenómeno es la capacidad de la desigualdad económica para reproducirse en la esfera política. La importancia del dinero en la formación de la opinión y política pública en la democracia norteamericana queda en evidencia, pues a mayor riqueza del representado mayor es la atención del representante. En palabras del autor: “if senators only responded to campaign contributions they would attach about six times as much importance to the views of a typical affluent constituent as to the views of a typical middle-income constituent – and virtually no importance to the views of low-income constituents” (280). Lo que, en términos aristotélicos, aproximaría el sistema político estadounidense más a una oligarquía que a una democracia.

Este papel corrosivo de la desigualdad económica en la política configura un escenario de democracia desigual donde las personas pobres tienen apenas un papel indirecto en la elección de demócratas o republicanos, mientras los ciudadanos con más recursos económicos tienen un fuerte rol directo e indirecto sobre el comportamiento de sus representantes. La pregunta sobre quién

gobierna EEUU se responde elocuentemente por la evidencia entregada por Bartels, desmitificando la democracia americana y mostrando con claridad los fenómenos que comprometen los valores democráticos de ese país. En palabras del autor:

These disparities in representation are especially troubling because they suggest the potential for a debilitating feedback cycle linking the economic and political realms: increasing economic inequality may produce increasing inequality in political responsiveness, which in turn produces public policies that are increasingly detrimental to the interest of poor citizens, which in turn produces even greater economic inequality, and so on. If that is the case, shifts in the income distribution triggered by technological change, demographic shifts, or global economic development may in time become augmented, entrenched, and immutable (286).

Sin embargo, a pesar de la problematización que el texto propone, Bartels se empeña en enfatizar que la porosidad de los límites entre política y economía se establece potencialmente en ambas direcciones. Si el poder económico se puede convertir en poder político, de la misma manera, el poder político puede también ser usado para cambiar o mitigar la desigualdad económica. El mismo hecho de que los ciudadanos más pobres puedan influir indirectamente alterando el balance entre demócratas y republicanos es considerado por el autor como una prueba de ello. La democracia es la respuesta a los problemas que la propia democracia plantea.

El ambicioso trabajo de Bartels tiene el mérito de ser doblemente desmitificador. Por un lado, polemiza con aquellas lecturas apologéticas que simplemente identifican en la democracia de los EEUU el modelo casi perfecto de democracia, como si la democracia no estuviese propensa jamás a ser amenazada. Una democracia robusta y coherente con sus principios no es algo que se genera por sí misma, sino que es algo que se construye permanentemente. Por otro lado, cuestiona radicalmente la idea de que la desigualdad económica es un fenómeno natural, necesario e inevitable, reivindicando el papel de la política en la contención de este desequilibrio. No obstante, la mirada crítica que el autor presenta frente a la democracia americana, reafirma su creencia en la capacidad de esta para superar las limitaciones que la desigualdad económica puede provocar.

Independiente de los méritos de esta obra, no se puede dejar de cuestionar que muchas veces el autor cae en una excesiva parcialidad pro Partido Demócrata, por oposición a los republicanos, donde la posibilidad de reducir la desigualdad parece pasar únicamente por la elección de gobiernos y senadores de aquel partido. De la misma manera, la práctica ciudadana de los norteamericanos aparece en el texto como la acción de especies de “dopados electorales”, con escasa capacidad de actuar en coherencia con sus propios intereses. Esta pasividad ciudadana al menos exige la exploración de nuevas hipótesis para explicar su comportamiento sin caer en un menosprecio político de los propios electores. Más allá de estas críticas, el trabajo de Bartels se puede considerar como un excelente ejemplo de ejercicio crítico que conjuga un

posicionamiento teórico con premisas claras y polémicas y sólidas evidencias empíricas.